

1. LA BIENVENIDA.

11 de noviembre de 2016

Aquel vuelo provenía de Casablanca y, a su llegada al aeropuerto internacional de Lisboa, nada podía hacer presagiar a Oscar lo que estaba a punto de ocurrir. Había hecho aquel mismo trayecto muchas veces sin ningún incidente, así que para él, era simple rutina. El avión se detuvo en el final de pista tras su aterrizaje y como siempre, el bus custodiado por dos patrullas del servicio fronterizo de Portugal (SEF) recogió a los pasajeros a pie de escalinata y recorrió el trayecto hasta la entrada de la terminal del aeropuerto.

A partir de ahí, una tras otra, las paradas incesantes de control se fueron sucediendo. El control de visados (al que él como europeo no debía someterse) pero si a los otros muchos: controles de equipaje, controles de documentación...

La GNR (policía nacional portuguesa) era exhaustiva en sus identificaciones, al igual que los controles antidroga de la P.J. (policía judicial secreta). Por último, los controles de los equipos privados de seguridad se centraban en detectar objetos metálicos.

Todos y cada uno de ellos superados tantas veces en anteriores viajes por la misma ruta, no suponían un problema para Oscar. Todo aquello era pura rutina. Al finalizar aquella liturgia de seguridad extrema ya solo faltaba recoger la maleta de la cinta giratoria y recorrer el amplio pasillo que le conduciría a las puertas automáticas que vomitaban a los cientos de pasajeros sobre la parada de taxis del exterior. Desde su posición y maleta en mano, ya podía ver tras las abanicadas puertas que se abrían y cerraban constantemente la hilera de taxis cargando turistas.

En ese instante, un policía de paisano se le identifico placa en mano y le pidió muy amablemente inspeccionar su pasaporte y billete de avión. Aquello fue el inicio de su imprevisto cambio de destino que le condujo al principio de esta historia.

Tras un periplo de calabozos, fichas policiales y alguna que otra “caricia”, ese mismo día sobre las dos de la madrugada, acabó con sus huesos en el centro de internamiento de extranjeros del aeropuerto de Lisboa. Aquellas instalaciones se encuentran dentro del recinto aeroportuario, aunque bastante alejadas de la propia

terminal. Una especie de prisión con todas las alambradas, concertinas y medidas de seguridad de una cárcel, pero con la peculiaridad de que tanto hombres como mujeres comparten la misma nave o recinto y con la única diferencia de que las habitaciones o camaretas para pernoctar se encuentran separadas. Ese singular sistema consiste en dos enormes brigadas llenas de literas con un pequeño baño en cada una, en condiciones lamentables, sin mantenimiento o servicio de limpieza alguno y carentes de sábanas o mantas, únicamente con algún que otro maltrecho colchón de espuma y mucha humedad. Allí se agolpaban todo tipo de personas y a excepción de Oscar, todos ellos eran extranjeros extracomunitarios.

Entre las personas que había se encontraban muchos subsaharianos (hombres, mujeres y niños), alguna ucraniana, caboverdianos con orden de expulsión y muchas mujeres extranjeras rechazadas por haber sido detenidas ejerciendo la prostitución, profesión prohibida en aquel país.

En el pequeño patio central donde pasaban la mayor parte del día, Oscar entabló conversación con muchas de aquellas personas. Algunas llevaban más de un mes allí encerradas a pesar de que la Ley europea prohibía la estancia en los centros de internamiento por más de cinco días.

Entre el grupo de mujeres brasileñas y caboverdianas había una chica alta y voluminosa, de habla portuguesa. Esa chica que llamaba la atención sobre las demás por su envergadura y exageradas curvas, se trataba de una chica transexual de origen brasileño que se encontraba en situación de expulsión por ejercer la prostitución en Lisboa.

Aquella mujer estaba abatida. Lloraba desesperadamente porque su lucha judicial contra la expulsión había llegado a su fin y al día siguiente sería enviada de vuelta a la favela brasileña de donde había salido cuatro años atrás.

Ella era el único sustento de su humilde familia, que subsistía en Brasil gracias a la aportación económica que ella les enviaba. Toda su vida se desmoronaba de golpe y sin remedio. En los cuatro años que había vivido en Lisboa había creado a su alrededor una fantasía imposible de conseguir en Brasil, ya que tenía un círculo de amistades, pareja y clientela que para ella constituía su familia e incluso, había conseguido adquirir una vivienda propia que perdería sin remedio al ser expulsada y no poder afrontar el pago de la hipoteca. Su situación era verdaderamente dramática. Mati (que era como se llamaba), le contó a Oscar entre cigarrillo y

cigarrillo que su pareja, un portugués diez años mayor que ella, llevaba dos semanas recorriendo de la mano de un abogado todos los organismos públicos portugueses intentando agilizar los trámites para contraer matrimonio y así eludir la inminente expulsión (y por fin afianzar su relación sentimental que en aquel caso, era real y verdadera). Mati le confesó a Oscar que su pareja le había propuesto matrimonio en muchas ocasiones, que abandonara las calles con la promesa de ocuparse de ella. Sin embargo, Mati no quiso aceptar y convertirse en dependiente de un hombre cuyo nivel de vida era humilde con un simple trabajo de mecánico, al cual la carga de tener que mantener a otra persona más sería motivo de empobrecimiento y más que seguro una causa de tensiones, discusiones y la ruptura de aquella relación.

Sin duda ella lo quería hasta el punto de continuar viviendo el doble infierno que suponía ejercer la prostitución en las duras noches lisboetas, con el miedo a ser detenida, encarcelada y expulsada. Mati quería aportar algo a su relación, contar con su parte material en su futuro matrimonio y disponer de un hogar propio y unos ingresos que, gracias a sus ahorros y en un futuro aún lejano, provendrían de la peluquería que quería montar donde atender a todas sus amigas transexuales y héteros/as entre tantas que conocía. Por su parte, su pareja (aquel mecánico maduro) le demostraba su profundo amor consintiendo y apoyando a Mati en su difícil profesión. Llevaba tres años de relación con ella en la que hacía de chofer: la llevaba a primera hora de la noche a la esquina donde ella ejercía en las frías noches invernales y las calurosas veraniegas, la asistía sin descanso dormitando intranquilo en su cama pendiente del teléfono, por si Mati necesitaba algo de manera urgente en mitad de la noche, como ya había sucedido en más de una ocasión. Mati evitaba molestarlo a menos que se tratara de una verdadera emergencia y aquello precisamente era lo que le mantenía en alerta y a duermevela toda la noche. Sabía que si Mati le llamaba sería una cuestión de auténtica gravedad. Ambos se preocupaban recíprocamente y el transcurrir de los años juntos les había demostrado sin sombra de dudas que se querían y se respetaban de verdad. Ese hecho fehaciente se iba a materializar en los acontecimientos que aguardaban a Mati cuando, apenas a escasas ocho horas de su expulsión, (sobre las doce y media de la noche), las luces sobresaltaron a todos los que dormitaban por los rincones y una comitiva encabezada por un juez de paz, un abogado, un notario y el propio futuro marido de Mati irrumpieron en aquel húmedo recinto.

No había sido fácil el acceso a altas horas de la noche en aquellas instalaciones. Las autoridades encargadas de la custodia se habían mostrado reacias a la visita, pero la fuerte autoridad empleada tanto por el juez como por el abogado, habían conseguido romper los obstáculos y de manera extraordinaria allí, de pie, tras el cristal blindado que separaba la zona de reclusión y las oficinas, se encontraba la pareja de Mati. Estaba ataviado con una chaqueta algo desgastada y pasada de moda, con un pequeño ramillete de florecillas blancas en sus manos, con ojos cansados, mirada emocionada y una sonrisa en los labios. Saludaba sin palabras a una desvelada Mati, sumida en un momentáneo shock por la visión que estaba contemplando ante aquella surrealista situación.

Durante unos minutos, Mati no sabía qué hacer: correteaba por el pequeño patio, con las manos en la cabeza, acercándose y alejándose del cristal dónde estaba su pareja lanzándole besos al aire, hasta que su conciencia la llevó a entender que se encontraba ante el momento más importante de su vida desgredada, despeinada y mal vestida, por lo que salió corriendo hacia el baño para adecentarse un poco. Rápidamente las otras mujeres que allí estaban se apresuraron en ir a socorrerla y mientras que las brasileñas la ayudaban con su pelo las subsaharianas le colocaban algunos pareos a modo de vestido atados a la cintura y un enorme camión de color beige a modo de sobrevestido completaron en apenas cinco minutos una apariencia de novia digna preparada para afrontar aquel emotivo momento, que jamás olvidaría. ni ella ni ninguno de los allí presentes.

Con la acritud en el rostro de los guardias de aquella prisión (cuyo trato amargo había sido inhumano con Mati durante los tres días que ella había permanecido allí) y su autoridad subyugada por la presencia del juez de paz, ambos se reencontraron fundiéndose en un hondo abrazo de complicidad y profundo amor tras el cual, todos los desaliñados y despeinados invitados casuales pudieron contemplar como aquel juez celebraba una breve ceremonia de casamiento y se firmaban diferentes documentos que certificaban el enlace matrimonial entre un portugués perteneciente a la Unión Europea y una ciudadana brasileña transexual perpetuando aquella relación por encima de los muros, alambradas de espinos y rejas.